



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RÍYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

I

En la estación de Fontenay, Guillermo y Magdalena descendieron del vagón.

Era un lunes y el tren estaba casi vacío. Cinco ó seis compañeros de viaje, vecinos de aquellos pueblos, que regresaban á sus casas, bajaron del tren con los dos jóvenes, y cada uno se fué por su lado sin pararse á contemplar el paisaje, como genté deseosa de entrar pronto en sus hogares.

Guillermo, al salir de la estación, ofreció el brazo á su compañera, como si estuviesen todavía en las calles de París. Volvieron hacia la izquierda y subieron lentamente la magnífica alameda que va de Sceaux á Fontenay. Mientras subían, miraban en la vía el tren que se ponía nuevamente en marcha con ruido hiposo, sordo y profundo.

Cuando el tren se perdió entre el follaje, Guillermo volvióse hacia la joven y le dijo sonriendo:

—Ya he advertido á usted que desconozco el país, y que no sé dónde vamos.

—Tomemos este sendero—contestó Magdalena,—y así evitaremos atravesar por las calles de Sceaux.

Echaron á andar por el callejón de Champs-Girard. En aquel sitio se abría bruscamente el cortinaje de árboles de

la alameda y dejaba ver la colina de Fontenay: en la falda hay jardines, praderas simétricas, en las que se yerguen derechos y vigorosos, enormes grupos de álamos; más allá vense tierras de laboreo que cortan el suelo en bandas oscuras y verdes, y en último término, donde acaba el horizonte, las casas del pueblo, blanquean á través de las hojas.

En los postreros días del mes de Septiembre, entre cuatro y cinco de la tarde, el sol en su ocaso hace adorable este rincón de la naturaleza.

Magdalena y Guillermo, solos en el sendero, se detuvieron instintivamente, ante este pedazo de tierra de tono verdusco y negro, apenas dorado por los primeros reflejos otoñales.

Continuaban cogidos del brazo. Había entre ellos ese vago tormento que produce una intimidad naciente que va demasiado aprisa. Cuando pensaban que sólo hacia ocho días que se trataban, experimentaban un inexplicable mal-estar al verse solos, en plena campiña, como dos amantes felices. Sentíanse todavía extraños y obligados á tratarse como íntimos amigos no se atrevían á mirarse cara á cara; hablábanse titubeando y temerosos de molestar involuntariamente. Eran el uno para el otro lo desconocido, lo desconocido que asusta y atrae.

En sus actitudes de enamorados, en sus palabras sencillas y dulces, hasta en las sonrisas que cambiaban cuando se encontraban sus ojos, se leía la inquietud y el embarazo de dos seres á quienes el azar une brutalmente. Guillermo no había pensado nunca que le pudiera causar tanto sufrimiento su primera aventura y esperaba el desenlace con angustia verdadera.

Comenzaron á caminar de nuevo mirando de cuando en cuando á la colina, cortando su silencio con una conversación fría y sin ilación, en la que no expresaban ninguno de sus pensamientos y en la que eran temas únicos los árboles, el cielo y el paisaje que se extendía ante ellos.

Magdalena iba á cumplir veinte años. Vestía un traje sencillísimo de tela gris adornado con cintas azules; un sombrero redondo de paja cubría sus admirables cabellos bermejos, de leonados reflejos, que se recogían formando un abultado moño detrás de su cabeza. Era una mujer alta, robusta, cuyos miembros flexibles y fuertes denunciaban rara energía. Su rostro era característico. La parte superior era de una solidez que casi llegaba á tener cierta dureza masculina; la piel cubría fuertemente la frente; las sienes, la nariz y los pómulos acusaban la rudeza de la

armazón huesosa y daban al rostro la frialdad y la firmeza del mármol; en esta máscara severa, los ojos se abrían largos, con tono verdusco mate que iluminaba por momentos una sonrisa de resplandores profundos.

La parte inferior del rostro era por el contrario de una delicadeza exquisita; había voluptuosas blanduras en sus mejillas y en las comisuras de sus labios, donde se formaban ligeros hoyuelos; bajo el mentón delicado y nervioso se veía una especie de rehinchamiento que descendía con gracia hasta el cuello, las facciones en esta parte, no eran duras ni rígidas, sino carnosas y movibles y estaban cubiertas de un vello sedoso; formaban pequeñas porciones flexibles y tenían una finura adorable en ciertos sitios donde el vello faltaba; los labios un poco gruesos parecían demasiado rojos para este rostro blanco, severo é infantil á la vez.

Esta extraña fisonomía estaba hecha, en efecto de austeridad y de puerilidad. Cuando la parte inferior dormía, cuando los labios se plegaban en los momentos de reflexión ó de cólera, no se veía más que la frente dura, el filo nervioso de la nariz, los ojos mate, la máscara sólida y enérgica. Después cuando una sonrisa entreabría su boca, parecía que la parte superior perdía su rudeza y no se percibían más que las líneas redondeadas de las mejillas y el mentón.

Podía decirse que era la risa de una niña en el semblante de una matrona. El cutis era de una blancura lechosa y transparente, débilmente coloreada hacia las sienes, bajo la satinada epidermis; la sangre circulaba, azulando la piel.

Con frecuencia, la expresión habitual de Magdalena, una especie de rudo orgullo, se desvanecía bruscamente en una mirada de inefable ternura, ternura de mujer débil y vencida. Una parte de su ser no había dejado de ser niña. Mientras seguía, el estrecho sendero, del brazo de Guillermo tenía severidades que anonadaban al joven, y súbitos abandonos, y sumisiones involuntarias que le devolvían la esperanza. En su andar firme, ligeramente cadencioso, se adivinaba que había dejado de ser doncella. Guillermo tenía cinco años más que Magdalena. Era un joven alto, delgado, de aspecto aristocrático.

Su rostro largo, de angulosas facciones hubiese sido feo sin la pureza de su tez y la amplitud de su frente. Toda su fisonomía, denunciaba al hijo inteligente y degenerado de una raza fuerte. Tenía á menudo bruscos estremecimientos nerviosos y parecía temeroso como un niño. Ligeramente

mente encorvado, hablaba gesticulando ó interrogaba á Magdalena con los ojos antes de abrir sus labios.

Temía disgustar y temblaba que su persona, su actitud y su voz no fueran agradables. Su constante desconfianza de sí mismo, le hacía ser humilde y cariñoso. Pero cuando se creía despreciado, tenía súbitos arranques de fiereza. La fiereza constituía su única fuerza.

Hubiese, tal vez, cometido todo género de bajezas, si su orgullo innato y su susceptibilidad nerviosa no le obligasen á revolverse contra todo lo que hería sus delicadezas. Era uno de estos seres profundos y tiernos que tienen necesidad imprescindible de amor y de tranquilidad; estos seres de sensibilidad de mujer, se olvidan fácilmente del mundo para refugiarse en el fondo de su propio corazón, seguros de su nobleza, cuando el mundo les mezcla en sus vergüenzas y en sus miserias. Si Guillermo se extasiaba con las sonrisas de Magdalena, si sentía una alegría exquisita al mirar su cutis nacarado cambiaba á veces de sentimientos y sus labios se plegaban desdeñosamente cuando la joven le dirigía una mirada fría, casi burlona.

Pasaron los jóvenes la vuelta que forma el camino de Champs-Girard y se encontraron en un callejón que se alargaba entre dos murallas grises de una monotonía desesperante.

Apresuraron el paso para salir de aquel estrecho corredor y continuaron el paseo por senderos poco transitados.

Pasaron por la falda de la colina donde se elevan los enormes castaños de Robinsón y llegaron á Aulnay. Esta rápida caminata les espoleó su sangre. Su espíritu había perdido su anterior tensión, ante los tibios rayos del sol, aspirando el aire libre que les abofeteaba el rostro con sus efluvios ásperos y ardorosos. Al estado tácito de guerra en que habían descendido del vagón, había sucedido poco á poco una familiaridad de buenos amigos. Olvidaron las asperezas de su carácter; el campo les proporcionaba un bienestar tan grande que dejaron de achucharse y de estar apercebidos á la defensa.

En Aulnay se detuvieron un instante á la sombra de los árboles corpulentos que dan en este lugar constante frescura. Estaban abrumados por el calor y recibían con deleite el frío que del espeso follaje caía sobre sus hombros.

Cuando hubieron descansado:

—¡El diablo me lleve si sé dónde estamos!—exclamó Guillermo...—¿Se come, al menos, en este país?

—Sí, no tema usted—replicó alegremente Magdalena,—dentro de media hora estaremos en la mesa... Vamos por aquí.

La joven echó á andar precipitadamente por un camino bordeado de árboles que conducía á la meseta. Una vez allí, separó Magdalena su brazo del de su compañero y se puso á correr como un gozquecillo juguetón.

Toda su puerilidad se despertaba, á la sombra fresca y en el silencio tembloroso de los árboles sentíase niña. Las sonrisas iluminaban su semblante y prestaban transparencias luminosas á sus ojos grises; las gracias infantiles de sus mejillas y de sus labios suavizaban las líneas duras de su frente.

Iba y volvía, dejando escapar exclamaciones de júbilo recogiendo la falda con ambas manos, haciendo gran ruido de roce de tela y dejando tras sí, un vago perfume á violeta. Guillermo contemplábala con beatitud; había olvidado ya á la mujer fría y orgullosa, se encontraba á gusto y se abandonaba á sus ternezas dominado por aquella niña grande que huía llamándole y que de repente volvía corriendo á cogerse de sus hombros, cansada y acariaciadora.

En un punto arenoso, un cerro interrumpe el camino y el suelo está cubierto de polvo fino donde se hundió el pie. Magdalena hallaba placer en elegir para pisar los sitios más blandos. Daba gritos agudos al ver como sus botas desaparecían en la arena. Esforzábale para andar á zancadas y reía ruidosamente viendo que el movedizo terreno no la dejaba avanzar. Una niña de once años hubiera jugado como ella. Después el camino sube cambiando brusca y frecuentemente entre dos cerros.

Esta parte del valle tiene un aspecto solitario y salvaje que sorprende al salir de improviso de las frescas y umbrías arboledas de Aulnay: varias rocas avanzan hasta el camino, sembrado en esta parte de piedras puntiagudas y las hierbas se ven quemadas por el sol.

Magdalena cogió silenciosamente el brazo de Guillermo. Estaba fatigada y experimentaba un sentimiento indefinible en aquel camino guijoso y desierto donde no se veía ni una casa y que rodeaba una especie de agujero siniestro.

Excitada aún por sus juegos y sus risas, se abandonaba. Guillermo sentía el tibio calor del brazo de Magdalena, estrechando el suyo.

En aquel momento comprendió que aquella mujer le pertenecía y que bajo la implacable energía del cerebro de su compañera, latía un corazón débil, ansioso de caricias.

Cuando Magdalena levantaba los ojos miraba á Guillermo con humildad voluptuosa y con expresiva sonrisa. Volvía, ligera, coqueta; tenía el aire de conquistar el amor del joven como una pobre vergonzosa. La fatiga, la voluptuosidad

sidad del follaje, el despertar de su juventud, el lugar salvaje que atravesaba, todo ponía en su alma una emoción amorosa, uno de esos desfallecimientos de los sentidos que hacen caer en los brazos de un hombre á las mujeres más fuertes.

Guillermo y Magdalena subían despacio. Algunas veces el pie de la joven resbalaba en una piedra y apoyábase en el hombro de su compañero. Cada resbalón era una caricia y ambos no se equivocaban. No se hablaban, únicamente contentábanse con cambiar sonrisas. Aquel lenguaje les bastaba para traducir el único sentimiento que llenaba sus corazones. El rostro de Magdalena estaba adorable debajo de la sombrilla; tenía una palidez encantadora que hacía resaltar una sombra gris argentada; en la comisura de sus labios se destacaba un manojito de venas azuladas tan delicado que Guillermo sentía avasalladores deseos de poner un beso en aquel rinconcito encantador. Pero tímido siempre llegó dudando todavía hasta el fin de la cuesta. Cuando llegaron á la llanura les pareció que no estaban ocultos y aunque el campo estaba desierto tuvieron miedo de ser vistos y se separaron, inquietos, preocupados nuevamente.

El camino seguía bordeando la llanura. A la izquierda veíanse huertos, campos de trigo inmensos que se perdían en el horizonte, plantados de raros árboles.

En el fondo el bosque de Verriéres, formaba una línea negra que parecía bordear el cielo con un crespón. A la derecha se ven en primer término terrenos oscuros y negros, grandes masas de árboles; después las líneas se difuman y el paisaje se pierde en un aire azulado, terminado por colinas bajas en las que el violeta pálido se mezcla con el amarillo tenue del cielo.

Es una inmensidad, un verdadero mar de alturas y de valles que alegra de vez en cuando la nota blanca de una casa ó la mancha oscura de un grupo de álamos.

Detúvose Magdalena grave y soñadora ante esa inmensidad. Soplaba aire cálido y nubes tempestuosas subían lentamente del fondo del valle. El sol acababa de desaparecer detrás de un vapor espeso y de todos los puntos del horizonte surgían grandes nubes de un tono gris cobrizo. La joven había recuperado su fisonomía dura y grave, parecía haber olvidado á su compañero y miraba al paisaje con atención curiosa, como si fuese un antiguo conocido. Después sus ojos se fijaron en las nubes y pareció entregarse á poderosos recuerdos.

Guillermo, en pie á algunos pasos de Magdalena la examinaba poseído de cierta preocupación. Sentía que un abismo, se interponía á cada instante entre Magdalena y él.

¿Es que podía pensar así? Sufría comprendiendo que él no era todo para aquella mujer. Pensaba, con secreto terror, que Magdalena había vivido veinte años sin él. Aquellos años le parecían de un negro sombrío y terrible.

Era indudable que Magdalena conocía el país y más que posible era que lo hubiese recorrido antes con otro amante.

Guillermo morfíase de deseos de interrogarla, pero no osó hacerlo con franqueza, ante el temor de recibir una respuesta sincera que hiriese á su amor.

No pudo, sin embargo, dejar de decir:

—¿Ha venido usted alguna otra vez por estos sitios?

—Sí—respondió resueltamente Magdalena,—muchas veces. Aligeremos el paso, puede llover.

Siguieron andando, á alguna distancia uno de otro, perdidos los dos en sus pensamientos.

De este modo llegaron á la carretera. Allí junto al bosque, encontraron el restaurant donde Magdalena quería llevar á Guillermo.

Era una casa feúcha y cuadrada que las lluvias habían agrietado y ennegrecido. En la parte trasera, zarzas y espinos entrelazados formaban una cerca, una especie de patio, en la que había varios árboles poco corpulentos. En este patio había cinco ó seis bosquecillos, que eran los gabinetes particulares del restaurant; mesas y bancos de madera groseramente trabajados constituían todo el ajuar; en el tablero de la mesa los culos de los vasos habían marcado circunferencias rojizas.

La dueña de la fonda, una mujer ordinaria y gruesa lanzó un grito de sorpresa al ver á Magdalena.

—¡Ah! Ya la creía á usted muerta; más de tres meses han transcurrido sin, que la veamos por aquí... ¿Cómo está usted, ingrata?

En aquel momento vió á Guillermo y contuvo una pregunta que asomaba ya á sus labios. La buena mujer pareció desconcertarse por la presencia de aquel joven que le era desconocido.

Guillermo, observó su sorpresa y pensó que, seguramente, había pensado ver otra cara.

—Bien, bien—añadió con menos familiaridad el ama,—¿ustedes querrán comer? Voy á preparar la mesa en un bosquecillo.

Magdalena había recibido tranquilamente las demostraciones de amistad de la fondista. Despojóse del chal, se quitó el sombrero y fué á depositar ambas prendas á una habitación que se alquilaba á las parisienses que pernoctaban en el restaurant. Parecía que estaba en su casa. Guillermo había entrado en el patio. Paseábase de un lado á

otro, con muestras de visible cansancio. Nadie se había fijado en él, mientras que la criada y el perro de la fonda festejaban á Magdalena.

Apareció ésta de nuevo con su habitual sonrisa. Se detuvo un momento en el dintel; su cabellera flotaba iluminada por los postreros rayos del sol poniente, dando á su piel blancura de mármol; el pecho y los hombros, libres del chal ofrecían una amplitud poderosa y una delicadeza exquisita. Guillermo echó una mirada llena de admiración inquieta sobre aquella hermosa criatura rebosante de vida.

Otro hombre, sin duda, la había visto así, sobre el umbral de aquella puerta.

Molestado por este pensamiento, sentía un violento deseo de estrechar á Magdalena entre sus brazos, estrujarla contra su pecho para que se olvidara de aquella casa, del patio, del bosquecillo y no pensara más que en él.

—¡A ver si comemos pronto!—gritó alegremente la joven.—María llene usted una fuente de fresas... ¡Tengo un hambre!

Se olvidaba de Guillermo. Miraba los bosquecillos buscando los cubiertos. Cuando vió el mantel:

—No, no—dijo,—no me sentaré en ese banco. Me acuerdo de que está lleno de clavos que me destrozaron un vestido... Ponga usted el cubierto aquí, María.

Se instaló ante el blanco mantel antes de que la criada hubiese tenido tiempo de colocar el servicio. Entonces se acordó de su compañero que estaba de pie á pocos pasos de ella.

—¡Vamos, hombre!—le dijo;—¿no viene usted á comer?... se ha quedado tieso como un cirio.

Magdalena se puso á reír. La tempestad que se acercaba le daba nerviosa alegría. Sus gestos eran secos y sus palabras breves.

El tiempo tempestuoso producía efecto contrario en Guillermo, que se sentía débil y no respondía más que con monosílabos. La comida duró más de una hora.

Los dos jóvenes estaban solos en el patio; en los días de trabajo las fondas de los alrededores de París estaban vacías.

Magdalena no dejó de hablar; recordó su infancia, su estancia en un colegio de pensionistas de las Ternas, refiriendo con todo género de detalles, las ridiculeces de las profesoras y las picardías de las alumnas; no agotaba nunca su charla, encontrando en el fondo de sus recuerdos, alguna historia interesante que le hacía reír de ante-

mano. Lo contaba todo con ademanes infantiles y vocecilla de niña.

Guillermo intentó varias veces hacerla hablar de un pasado menos lejano; semejándose á los infelices que padecen un mal agudo y cuyo único deseo es llevar la mano al sitio dolorido, el joven ansiaba hacerla hablar de su vida de ayer, de su vida de joven y de sus recuerdos de ayer, intentaba transiciones hábiles para obligarla á explicar en qué circunstancias le habían roto el vestido los clavos de un banco del bosquecillo.

Pero Magdalena eludía la respuesta, é insistía en seguir refiriendo historietas inocentes de su niñez. Esta conversación parecía aplacar sus nervios y le hacía aceptar como natural su entrevista con un hombre á quien conocía hacía poco más de una semana. Cuando Guillermo la miraba con ojos iluminados por el deseo, cuando el joven alargaba la mano para tocar la de Magdalena, ésta experimentaba un placer extraño en hacerse la distraída y abriendo los ojos comenzaba de este modo una nueva anécdota: «Entonces tenía yo cinco años...»

Al terminar la comida cuando estaban á los postres, gruesas gotas de lluvia, mojaron el mantel. Había anochecido bruscamente. El trueno retumbaba á lo lejos y se aproximaba con el estruendo continuo y sordo de un ejército en marcha.

Un prolongado relámpago violáceo pasó sobre el blanco mantel.

—Ya está aquí la tempestad—dijo Magdalena,—¡me encantan los relámpagos!

Se levantó y fué al centro del patio para ver mejor. Guillermo continuó sentado en el bosquecillo. Sufría porque la tempestad le causaba indecible impresión de malestar. Su espíritu conservaba la serenidad y no tenía miedo á los rayos; pero su cuerpo se estremecía con el ruido del trueno y más aun con la cegadora luz de los relámpagos.

Cuando uno de éstos le quemaba los ojos, parecía que recibía en el pecho un golpe violento y notaba en el estómago una angustia que le extenuaba. Era sencillamente un fenómeno nervioso; pero tenía mucha semejanza con el miedo y Guillermo sufría horriblemente pensando que parecería cobarde á los ojos de Magdalena. Se había tapado los ojos con ambas manos.

Pero no pudiendo luchar más contra la rebelión de todos sus nervios, llamó á la joven; y con voz que se esforzaba fuese tranquila, la dijo, que lo prudente sería terminar la comida en el comedor del restaurant.

—Llueve muy poco—respondió Magdalena.—Podemos estar aquí.

—Prefiero entrar—dijo Guillermo,—los relámpagos me hacen daño.

Magdalena le miró de un modo extraño.

—¡Ah!—exclamó,—entiendo.

Una criada llevó los platos á la sala común de la fonda, una amplia sala de paredes ennegrecidas, cuyos únicos muebles eran mesas y bancos. Guillermo se sentó con la espalda vuelta á la ventana, ante una fuente repleta de fresas que no probó. Magdalena comió sus fresas precipitadamente y en seguida se levantó y fué á abrir una ventana que daba al patio.

Apoyóse de codos en el alfeizar y contempló el cielo, resgado por la incesante y deslumbradora luz de los relámpagos.

La tempestad estallaba con violencia inusitada. Se había detenido sobre el bosque, enrareciendo y prensando el aire. La lluvia había cesado y algunos soplos de viento huracanado azotaban los árboles.

Los relámpagos se sucedían con tal rapidez que fuera del restaurant parecía de día, un día azulado que daba al campo aspecto de decoración de melodrama.

Los truenos no hallaban eco en el aire ni en los valles; tenían la sequedad y la nitidez de los disparos de cañón. El rayo debía destruir los árboles de los alrededores del restaurant. Entre descarga y descarga había un silencio que atemorizaba.

Guillermo experimentaba mayor malestar cuando pensaba que detrás de él había una ventana abierta. A su pesar, por una especie de movimiento nervioso volvía la cabeza y veía á Magdalena blanca á la luz violácea de los relámpagos.

Los cabellos rojos, que la lluvia había mojado en el patio, caían sobre sus hombros iluminándose por intervalos.

—¡Qué hermoso es esto!—dijo Magdalena.—Venga usted á verlo Guillermo. Allí abajo hay un árbol que parece arder por todas partes. Los relámpagos corren por el bosque como fieras perseguidas... ¿Y el cielo? ¡Esto es una magnífica función de fuegos artificiales!

Guillermo no pudo reprimir su deseo de ir á cerrar los postigos y se levantó.

—Vamos—dijo con impaciencia,—cierre usted la ventana. Lo que usted hace es peligroso.

Avanzó y tocó el brazo de Magdalena. Esta volvió un poco la cabeza.

—¿Tiene usted miedo?—le preguntó.

Y dejó escapar una carcajada de mujer burlona.

Guillermo bajó la cabeza. Vaciló un momento si iría á ocupar de nuevo su sitio en la mesa, pero vencido por su intranquilidad, balbuceó:

—Se lo ruego á usted.

En aquel momento reventaban las nubes, dejando caer torrentes de agua. Sopló fuerte viento y entró la lluvia en el comedor.

Magdalena decidióse á cerrar la ventana y fué de nuevo á sentarse frente á Guillermo.

Al cabo de un momento de silencio:

—Cuando yo era niña—dijo,—mi padre me tomaba en brazos cuando había tempestad y me asomaba á la ventana. Recuerdo que las primeras veces *ocultaba* la cabeza en sus hombros; después me divertía ver los relámpagos... ¿Y usted tiene miedo?

Guillermo levantó la cabeza.

—No tengo miedo—respondió con dulzura,—sufro.

Callaron nuevamente. La tempestad continuaba con igual fuerza. Durante más de tres horas se oyó el estruendo del trueno. Guillermo estuvo todo este tiempo quieto en su silla, inmóvil, aplanado con el rostro pálido y descompuesto. Magdalena, al ver los estremecimientos nerviosos de su compañero concluyó por comprender que sufría realmente; le miraba con interés y sorpresa, extrañando que un hombre tuviese los nervios más delicados que una mujer. Aquellas tres horas fueron para los dos, largas y desesperantes.

Cambiaron, apenas, algunas palabras. Su comida de amantes terminaba de un modo extraño.

Por fin, el trueno se alejó y la lluvia cayó con menos intensidad. Magdalena abrió la ventana.

—Se acabó—dijo.—Venga usted Guillermo, ya no hay relámpagos.

El joven tranquilo y repuesto, fué á apoyarse en la ventana al lado de Magdalena.

Estuvieron así un momento, al cabo del cual la joven extendió el brazo, sacando la mano hacia el patio.

—Casi no llueve. Podemos marcharnos si no queremos perder el último tren.

La fondista entró en la sala.

—¿Se acostarán ustedes aquí?—preguntó.—Voy á preparar la habitación.

—No, no—respondió vivamente Magdalena,—no nos acostaremos aquí, no quiero. No hemos venido más que á comer ¿verdad Guillermo? Nos vamos.

—Pero eso es imposible. Los caminos están intransitables. No llegarían ustedes nunca.

Magdalena parecía muy agitada. No se daba por vencida y seguía repitiendo:

—Quiero irme; no podemos quedarnos aquí esta noche.

—Hagan ustedes lo que gusten—replicó la fondista,—pero debo advertirles que si insisten en marcharse en lugar de dormir bajo techado, tendrán que pasar la noche en el campo. Ahora ustedes dirán.

Guillermo no hablaba: se limitaba á mirar á Magdalena con ojos suplicantes. Esta procuraba esquivar sus miradas; iba de un lado á otro con visible inquietud, como si interiormente sostuviera violenta lucha. A pesar de su firme propósito de no mirar á Guillermo, concluyó por fijar en él sus ojos y le vió tan humilde, tan sumiso ante ella que su voluntad perdió su fortaleza. Hubo un cambio de miradas que le enterneció. Dió aún algunos pasos con la cara severa, para acabar diciendo con voz clara y serena á la fondista:

—Sea, nos acostaremos aquí.

—Entonces voy á prepararles la habitación azul.

Magdalena tuvo un brusco movimiento.

—No, esa no; otra cualquiera—dijo con tono indefinible.

—Las demás están ocupadas.

La joven volvió á vacilar y murmuró:

—Creo que obraríamos mejor marchándonos.

Pero por segunda vez, se encontraron sus ojos con la mirada suplicante de Guillermo y cedió.

Mientras cambiaban las ropas de la cama los jóvenes salieron del restaurant. Fuéron á sentarse sobre el tronco de un árbol derribado que yacía en un prado á la entrada del bosque.

En la campiña se aspiraba el fresco que salía de la tierra humedecida.

Brisas refrigerantes cruzaban el aire, todavía tibio y saturado de los acres olores de las plantaciones. Ruidos extraños subían del bosque, ruidos de hojas que goteaban sobre el musgo que bebía el agua caída.

Era un estremecimiento universal, ese voluptuoso estremecimiento de los campos cuando un huracán acaba de barrer el polvo. Y este estremecimiento que se sentía en la negra noche tomaba en las tinieblas encanto misterioso y profundo.

La mitad del firmamento de serenidad exquisita, estaba estrellado. La otra mitad estaba cubierto aún por sombrías nubes que se retiraban lentamente. Ambos jóvenes, sentados uno junto al otro, sobre el tronco del árbol, no

podían verse las caras; se distinguían vagamente en la sombra espesa que proyectaba sobre ellos un grupo de corpulentos árboles. Estuvieron algunos minutos sin hablar. Adivinaban sus pensamientos. Pero no se atrevían á manifestarlos en alta voz.

—No me ama usted, Magdalena—exclamó por fin Guillermo.

—Se equivoca usted—replicó lentamente la joven,—creo que le amo, pero si he de serle franca no he tenido tiempo de interrogarme y de responderme... Hubiera preferido esperar un poco.

Guardaron nuevamente silencio. El orgullo del joven padecía; hubiera deseado que su amante se hubiese arrojado en sus brazos voluntariamente en lugar de ser empujada por la fatalidad.

—Lo que más me desespera—añadió el joven bajando la voz,—es tener que agradecer al azar el primer favor... Si el camino hubiese estado transitable, usted no hubiera accedido á quedarse aquí.

—¡Oh! usted no me conoce—replicó rápidamente Magdalena,—si me he quedado ha sido porque quiero. Me hubiera marchado cuando caía la lluvia con más violencia, antes que permanecer aquí contra mi voluntad.

Magdalena calló y pareció preocupada, después con acento vago como si hablara consigo misma:

—Ignoro lo que luego sucederá. Me juzgo capaz de querer; ¡pero es tan difícil adivinar lo por venir!...

Se detuvo, cuando iba á confesar á Guillermo que un extraño sentimiento de compasión la había decidido á quedarse. Las mujeres sucumben por piedad con más frecuencia de lo que se cree; tienen necesidad de ser buenas.

Había visto á Guillermo tan tembloroso durante la tempestad y la miraba con ojos tan humildes que no había tenido fuerza para resistir. Guillermo comprendió que Magdalena se entregaba casi como una limosna.

Todas sus susceptibilidades se despertaron; un amor ofrecido de este modo le hería en su orgullo.

—Tiene usted razón—dijo,—debemos esperar aún. ¿Quiere usted que nos vayamos?... Ahora soy yo quien pide que volvamos á París.

Hablaba nerviosamente y Magdalena se apercibió de la alteración de su voz.

—¿Qué tiene usted, amigo mío?—le preguntó sorprendida.

—Vámonos—repitió Guillermo,—se lo ruego.

Magdalena tuvo un gesto de desfallecimiento.

—¿Ahora, para qué?... Tarde ó temprano volveremos...

Desde el día en que nos vimos por vez primera comprendo que soy suya... Había soñado con refugiarme en un convento, me había jurado no cometer una segunda falta. Mientras no había tenido más que un amante no tenía que bajar la cabeza. Hoy comprendo que ruedo á la vergüenza... no me obligue usted á hablarle con mayor claridad.

Pronunció la joven estas palabras con tanta tristeza que Guillermo depuso su actitud casi hostil y dijo con voz dulce y cariñosa:

—Usted ignora quien soy: tenga confianza en mí. No me parezco á los otros hombres. Amaré á usted como si fuera mi mujer, y la haré feliz, se lo juro.

Magdalena no respondió.

Creía tener experiencia de la vida, y pensaba que Guillermo le abandonaría cualquier día y que entonces la vergüenza y el deshonor eran irremediables. Era fuerte y sabía que podía resistir; pero no resistió á pesar de sus temores.

Todas sus resoluciones se desvanecían en el momento fatal. Se causaba ella misma asombro al ver que aceptaba con tanta facilidad lo que el día anterior hubiera rechazado con indomable energía. Guillermo creía soñar.

Por vez primera aquella mujer le había hablado de su pasado para confesarle que tenía un amante; este amante que él encontraba, vivo é indeleble en cada gesto, en cada palabra de Magdalena, le parecía que se alzaba entre ellos desde que su nombre había sido evocado. Los amantes guardaron silencio largo rato, resueltos á unirse y esperando el momento de acostarse con singular desconfianza.

Hallábanse abrumados por inquietos y pesados pensamientos; ni una palabra de amor subía á sus labios, ni una caricia; si hubiesen hablado, sólo hubieran acertado á comunicarse sus pesares. Guillermo estrechaba la mano de Magdalena, pero esta mano estaba fría é inerte.

Jamás hubiera sospechado que su conversación primera de amor fuera tan angustiada. Les envolvía la noche con su misteriosa sombra; estaban solos, separados del mundo, perdidos en el encanto de una noche tempestuosa y en el fondo de sus almas no había más que miedo y la incertidumbre del porvenir.

A su alrededor, la campiña empapada por la lluvia, adormeciase lentamente agitada por un postrer estremecimiento de voluptuosidad.

La humedad era penetrante; el olor acre de la tierra y de las hojas mojadas, flotaba más pesado, sobrecargado de embriaguez semejante al que se desprende de una cuba llena de vino. No se veía ya una sola nube en el cielo;

el espacio de un azul sombrío se animaba con el hormiguelo vivo y centelleante de un pueblo inmenso de estrellas.

Magdalena se estremeció de pronto.

—Tengo frío—dijo,—entremos en la fonda.

Entraron sin cambiar una palabra. La fondista les acompañó hasta su cuarto, y salió dejando en la esquina de una mesa una bujía que alumbraba las paredes con vacilante luz. Estaban en una habitación reducida tapizada con un feo y ordinario papel con enormes flores azuladas que la humedad había destruído en muchas partes. Una enorme cama de madera pintada de rojo oscuro ocupaba casi todo el cuarto. Aire glacial entraba por el techo y olor de moho salía de los rincones.

Los jóvenes se estremecieron al entrar. Les pareció que sobre las espaldas les echaban sábanas mojadas. Permanecieron silenciosos yendo de un lado á otro. Guillermo quiso cerrar los postigos y trabajó un rato para conseguirlo; debía existir algún obstáculo.

—Arriba hay un gancho—dijo Magdalena instintivamente.

Guillermo la miró á la cara. Los dos palidieron; ambos sufrían por aquella confesión involuntaria. Magdalena sabía que existía el gancho porque había dormido en aquella alcoba.

Al siguiente día, Magdalena fué la primera en despertarse. Saltó del lecho con cuidado y se vistió mirando á Guillermo que seguía adormilado. En sus ojos había algo de cólera. Indefinible expresión de disgusto marcaba su frente dura y grave que no dulcificaba la sonrisa de sus labios. Varias veces levantó Magdalena los ojos y miraba alternativamente el rostro de su amante y las paredes del cuarto. Se creía sola y no temía abandonarse á sus recuerdos.

Hubo un momento en que, al mirar la almohada donde reposaba la cabeza de Guillermo, se estremeció la joven como si hubiese esperado encontrar otra cabeza en aquel sitio.

Cuando estuvo vestida, abrió la ventana y apoyóse en el alfeizar para contemplar el campo que el sol teñía de amarillo. Hacía media hora que se entregaba á sus ensueños, con las sienes refrescadas y animado el rostro por más plácidos pensamientos y lejanas esperanzas, cuando oyó un ligero ruido que la hizo volverse.

Su compañero acababa de despertarse. Con los ojos hinchados aún por el sueño y en los labios esa vaga sonrisa del despertar, llena de dulzura y reconocimiento á la mañana de una noche de amor, tendió los brazos á Magdalena que se aproximaba.